

el Pavo Real

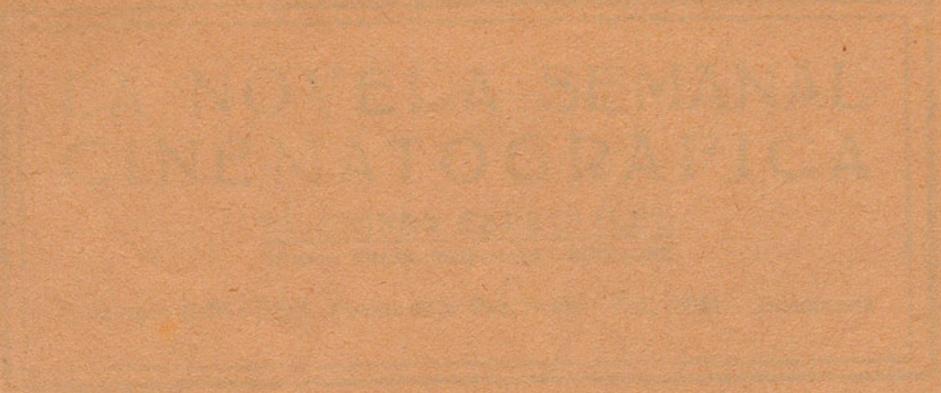


1 pta

MAE MURRAY

ACIONES BISTAGNE

NC_009_122



EL PAVO REAL

EL PAVO REAL

INDICACIONES DE USO

INDICACIONES DE USO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

EL PAVO REAL

Interesante asunto, de suntuosa presentación

1

Producción TIFFANY-Sonora

DISTRIBUIDA POR

CINEMATOGRAFICA ALMIRA, S. A.

Rambla de Cataluña, 46

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

INTÉRPRETES:

MAE MURRAY

Jason Robards

George Barraud

etcétera

EL PAVO REAL

A manera de prólogo

El ingreso de Mae Murray en la pantalla parlante constituye sin duda un acontecimiento para el cine sonoro.

Hacia tiempo que esta estrella, reina de la frivolidad y de la elegancia, permanecía alejada del arte cinematográfico.

Recordad que su alejamiento se verificó cuando la estrella se hallaba en plena gloria. Una película suya bastaba para que un local se viera abarrotado durante semanas enteras.

Entre los partidarios de Mae no

formaban mayoría las mujeres ni los hombres. Ellas y nosotros estábamos perfectamente de acuerdo en que una película de Mae era merecedora de toda clase de sacrificios... pues sacrificios son el no poder pasear tranquilamente a la hora del vermut, después del trabajo de la jornada, que es una de las mejores horas del día; el cenar de prisa y corriendo y el formar cola ante una taquilla. Recordad que hacíamos todo esto, con objeto de tener un buen sitio desde donde pudiéramos presenciar, sin perder detalle, las in-

olvidables actuaciones de Mae en la pantalla.

El secreto de este milagro—pues milagro es que mujeres y hombres estemos de acuerdo acerca de los atractivos de un film—estribaba en que ellas iban a aprender y nosotros a contemplar.

Mae lucía vestidos de una rareza y de un atrevimiento que maravillaba a las muchachas y que hacía exclamar: “¡Jesús!” a las señoras de cierta edad. Pero, en el fondo, estas señoras, se decían con nostalgia: “¡Quién tuviera veinte años para vestir así!”

Nosotros no sabemos apreciar ni distinguir esas maravillas. Nos gustan las mujeres elegantes, pero sólo los que son modistos o llevan camino de serlo—¡lagarto, lagarto!—, son capaces de entusiasmarse ante las toilettes de las artistas y exclamar: “¡Qué primor de vestido!”

Nosotros no entendemos de esto, pero entendemos, en cambio, mucho de lo que hay debajo de los vestidos. Y como Mae mostraba las dos cosas, lo que cubre y lo descubierto, he aquí el secreto de nuestra admiración por sus films.

Las damas iban a ver los vestidos y todo lo concerniente a la elegan-

cia y a la coquetería; nosotros íbamos a ver lo que, con un olvido intencionado muy plausible, dejaba de vestir y todo lo concerniente al lado frívolo y picaresco de su actuación.

Además, unos y otros estábamos de acuerdo en que Mae era una excelente artista y seguíamos con admiración su trabajo.

¿Por qué se retiró pasajeramente del cine cuando estaba en plena gloria?

El amor todo lo puede, y con eso Mae no hizo sino demostrarnos que posee una sensibilidad de diez y ocho quilates.

Un personaje ilustre, distinguido, rico, joven, se enamoró de ella y la pidió en matrimonio.

Ante un pretendiente que reúne estas preciosas cualidades, díganos las lectoras si una mujer no es capaz de sacrificarlo todo, y más cuando, como Mae, se corresponde al amor del pretendiente.

Durante años enteros, la reina de la frivolidad ha sido una perfecta ama de casa, una mujercita seria que ha sabido conquistarse la adoración de su marido.

Ha viajado, se ha divertido, todos sus caprichos han encontrado satis-

facción, pues si rica era en el apogeo de su fama, cuando tras un pingüe contrato venía otro, más rica fué aún al unirse a aquel hombre que para sí hubiera querido más de una jovencita de sangre azul.

Todo esto tuvo Mae después del matrimonio, pero eso no es nada comparado con lo que para una artista representa su arte. Su regalada vida no significaba ninguna compensación para lo que había sacrificado. La compensación hay que buscarla únicamente en el amor que sentía—y sin duda sigue sintiendo—hacia el esposo.

Iban siempre juntos. Era una eterna luna de miel. Y Mae llegó a olvidar lo que había constituido la pasión más fuerte de su vida. Lo dicho: el amor hace milagros.

No habría vuelto al cine. En su nueva vida hallaba satisfacción para sus ideales de belleza, pues bello es el amor correspondido, bella es la paz del hogar, bella es la tranquilidad del espíritu cansado de las emociones de la gloria.

Pero he aquí que surge el cine sonoro y la pantalla se enriquece con la palabra, la música y el canto.

Mae posee una deliciosa voz, canta con gusto y maestría. Si en el ci-

ne mudo era una vedette perfecta ¿qué será ahora, cuando el micrófono le ofrece la posibilidad de hacer llegar al público sus canciones?

Además es una estupenda bailarina. Eso no lo ignora nadie porque mil veces ha lucido esa facultad en la pantalla muda.

¿Comprendéis lo que debió de pasar entonces por el alma de Mae?

A buen seguro que siempre había constituido para ella un sueño el poder añadir a sus encantos el de la voz. “¡Oh, si yo pudiera cantar en el cine!”

Y he aquí que de pronto esa maravillosa posibilidad se le ofrece. ¿Comprendéis por qué Mae, después de permanecer años enteros alejada del cine y cuando parecía que ya no se acordaba de su arte, ha vuelto a aparecer en la pantalla?

Antes de ver esta película cuyo asunto relatamos, la primera con que Mae ha hecho la experiencia de su retorno, creíamos que la encontraríamos desentrenada. Sabíamos que dominaba el arte de la canción y por ese lado estábamos seguros de su triunfo, pero ¿y todo lo demás? ¿y todo aquello que antes Mae poseía y dominaba cada vez más.

gracias a la práctica, al ejercicio continuo de sus facultades?

Pues bien, Mae no ha perdido nada. Parece, no que haya vuelto después de una larga ausencia, sino que reanude un trabajo suspendido ayer.

Mae es la misma artista segura, ágil, llena de movilidad y gracia que nos asombró en "La Viuda Alegre" y en tantas otras producciones notables.

Baila como en sus mejores tiempos, y su cuerpo, cuyas bellezas muestra generosamente bajo vestidos audaces, simplificados, de original concepción, conserva intacto

todo aquello ¡oh, lectores! que tantas veces nos hizo cenar mal y de prisa con tal de conseguir un buen sitio en la sala.

El cine sonoro ha hecho una gran adquisición con el retorno de Mae Murray, que ahora resulta la vedette perfecta y completa.

Por eso "El Pavo Real", primera de la serie de películas admirables que la traviesa Mae va a ofrecer al buen aficionado, es para el cine un importante acontecimiento.

¡Bienvenida a la pantalla sonora, la que fué reina de la pantalla muda!

EL PAVO REAL

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Nueva York... El hall del hotel Plaza... Feria de vanidades... Escaparate de bellezas...

Aristócratas y aventureros, grandes damas y grandes cocottes, se reúnen en el fastuoso vestíbulo, convertido, merced a esta predilección, en algo así como uno de esos paseos públicos, cafés o salas de te que en Europa pone de moda el capricho de las gentes distinguidas.

El hotel Plaza no se conforma con los seis u ocho pisos de nuestros principales hoteles. En la me-

trópoli yanqui no significa nada esa cifra cuando se trata de pisos. El hotel Plaza necesita más de veinte. Sólo así puede tener miles de habitantes y sólo así puede dar alojamiento a los miles de personas que acuden a él en demanda de alojamiento.

Una verdadera ciudad es ese hotel, con su núcleo de población flotante que va y viene, sale y entra de continuo, en un febril desfile de tipos y rostros.

A cualquier hora se levanta en él

un hervor de colmena humana, de pueblo en actividad. Funcionan los veinte ascensores continuamente, suenan sin cesar los timbres de los teléfonos, ruedan sin freno las puertas giratorias. Los huéspedes entran y salen, va y viene la servidumbre.

Un detective permanece en el hotel durante todo el día y tiene tanto trabajo como el gran Sherlock podría tener en todo Londres.

Es el perfecto tipo de detective americano, funcionario práctico y un poco rudo que en nada se parece al personaje idealizado por Conan Doyle.

Nosotros les llamamos simplemente policías.

Es la hora de mayor efervescencia en el hall del Plaza, la hora en que se acaban de encender las luces y en que la aristocracia anda por los rincones bebiendo el coctel en el frasco de bolsillo.

Las lámparas vuelcan la luz de millones de bujías sobre las brillantes pecheras de los caballeros y sobre los blancos hombros de las damas, y arrancan destellos maravillosos a las piedras preciosas que forman un fantástico firmamento donde, como en el cielo, hay estrellas de todos los colores; estrellas

azules, estrellas blancas, estrellas rojas: turquesas, brillantes, rubíes.

Charlas, risas, devaneos.

El detective, persuadido de la gravedad de su cargo, pasea su mirada escudriñadora por los rostros de la multitud, buscando la huella delictiva.

Y, al mismo tiempo, para disimular—el perfecto detective ha de conocer el arte del disimulo tan bien como las mujeres—habla con un ordenanza amigo, impecable en su planchado y brillante uniforme.

Está al lado del mostrador.

Así, cada nuevo huésped que se acerca a registrar su nombre en el libro, se expone un momento de cerca a la astuta mirada del detective.

De pronto, el puro se agita entre sus dientes.

Pasa de un colmillo a otro en una sacudida.

—Barco a la vista—murmura.

Y el ordenanza, siguiendo la mirada del detective, ve entre el gentío a la persona que acaba de entrar y que ha atraído la atención del detective.

Es una damita vestida con extrema elegancia. Anda con una indolencia un poco provocativa. El vestido ciñe una cintura elástica, unas

caderas breves y firmes, un busto de delicadas prominencias.

Es una maestra en el arte de mirar. Parece una reina del amor.

—Nunca la he visto aquí—dice el ordenanza.

—¡Claro! Como que es una mariposa, que va de flor en flor. Preparemos la red.

La damisela se detiene un momento al ver a un joven que está de espaldas a ella, charlando con unos amigos.

En seguida toma una determinación y, al pasar por su lado, deja caer a sus pies el pañuelo.

Se inclinan los dos a recogerlo. Casi tropiezan sus cabezas. Se miran asombrados. Asombro que ella finge muy bien.

—¿Tú aquí?

—¿Cuándo has venido?

—Acabo de llegar. ¿Y tú?

—Los negocios me retienen estos

días en el centro. Ni a comer puedo ir a casa. Me he instalado aquí. Ven a mis habitaciones. Charlaremos un rato.

Ella se coge del brazo de él y los dos se lanzan escaleras arriba, pues van a las habitaciones del primer piso.

El detective sonríe burlonamente.

—Ya ha caído ese imbécil—dice.

Y el ordenanza responde:

—No es un imbécil. Es Clayton Saville. Un millonario que no se divierte.

Pero el detective se encoge de hombros. Millonario o pobre, se ha reunido con un pájaro de cuenta, mejor dicho, con una pájara, y hay que espiarle.

Y jugueteando con el puro entre los dientes, se dirige a la escalera para seguir la pista a la amiga del millonario. Es una pista que puede dar juego.

II

¿Es realmente una "pájara" la dama que ha motivado las sospechas del detective?

No.

Sara Claire, que así se llama la elegante joven, es natural de Texas y allí se educó entre las inocencias y los temores pueblerinos.

Sara se distinguió en su pueblo por dos cosas: por la bondad de su corazón y por su franqueza.

En su alma no ha cabido nunca la hipocresía. Ella había tenido siempre ambiciones y lo decía aun a trueque de horrorizar a las agrias solteronas y las cándidas beatas.

Desde niña había soñado con un

mundo más ancho y mejor que el del pueblo. Su gran corazón necesitaba un marco más ancho. Sus anhelos se estrellaban siempre contra la estación del ferrocarril por un lado y contra las montañas por el otro.

Se ahogaba entre aquellos horizontes cerrados y estrechos.

Volaba su imaginación y su alma quería volar también.

Pero dos cosas le impedían lanzarse a la realización de sus anhelos: las familias, de un lado, y la juventud y su poca experiencia de la vida, de otro.

Era cosa de esperar. Y durante

la espera aceptó unos amores que resultaron casi un juego infantil.

El novio era un compañero de colegio, un buen muchacho que la adoraba ciegamente.

Ella no le amaba—y hábilmente se lo dejaba entrever—; pero él tenía bastante con que se dejara amar.

Y mientras él soñaba en ella, ella encauzaba sus sueños hacia horizontes lejanos e invisibles.

Duró el idilio algunos años, todos los que tardó la niña en convertirse en mujer.

Entonces, cuando, al mismo tiempo que el cuerpo, el alma se desarrolló y adquirió la plena facultad pasionaria, aquellos anhelos se intensificaron de tal modo, que Sara comprendió que nada podría retenerla en Texas.

Sólo su madre le quedaba en el mundo. Y ésta estaba ya vieja y enferma. Un día rindió su tributo a la muerte y Sara quedó sola frente a sus ideales.

Gran aventura.

Todas las noches pensaba en ella como debía de pensar Colón en su gran viaje antes de poderlo emprender.

La embargaba entonces la emo-

ción de lo desconocido y venía después una reacción que le permitía trazar planes concretos.

Sara era una bailarina extraordinaria. Desde muy niña había sentido una misteriosa inclinación hacia aquel arte y una facultad instintiva y extraordinaria para practicarle.

Pensó aprovechar sus estudios entrando como empleada en alguna oficina, pero no para encerrarse en ese camino, sino para preparar otro más brillante.

Después decidió ir directamente hacia el final de sus anhelos. ¿Para qué aquel entorpecedor compás de espera?

Su madre le había dejado algún dinero, muy poco, fruto de un celoso ahorro de muchos años. Aquella cantidad era suficiente para que durante algunas semanas pudiera dedicarse a aprender, asistiendo a alguna academia de baile.

Y con esta determinación, expuso un día sus planes a su novio.

Fué una escena dolorosa. Quedarse sin ella equivalía para él a quedarse sin nada.

Le hizo toda clase de reflexiones. Le habló de los peligros de la ciu-

dad y de lo difícil que es para una mujer luchar honradamente con la vida.

Pero ella estaba resuelta y tenía confianza en sí misma.

—Esos peligros—declaró—se estrellarán contra mi voluntad de hierro.

Al ver que todo era inútil, él se rindió:

—No me queda otro remedio que transigir. Pero no olvides lo que voy a decirte: Si algún día te cansas de esa vida o tropiezas con gran-

des dificultades, llámame. Acudiré inmediatamente a tu lado.

Ella agradeció en el alma la oferta.

Admiraba la firmeza de aquel amor. Hubiera querido amar también lo bastante para preferir aquel hombre a todo lo demás: a todos sus sueños y a todos sus ideales.

Pero todo lo que pudo hacer fué derramar una lágrima de gratitud.

Y aquella misma noche el tren la condujo al mundo maravilloso e hirviente de una gran ciudad.

* * *

Se repitió la historia de siempre.

Una mujer joven y bella que está sola en la ciudad sin más armas que las del candor y la nobleza de espíritu.

Una mujer que no conoce las astucias y las perversidades que forman el cieno de las grandes urbes.

Pieza de caza favorita para las viejas traficantes de honras y para los cínicos donjuanes de conciencia anestesiada.

¿Os imagináis lo que debió de ser la lucha para que, a pesar de todo, el honor de Sara permaneciera incólume?

El final de esta repetida historia es siempre el mismo: la caída.

A fuerza de andar por el barro se acaba por resbalar.

Pero en el fondo de aquella encantadora criatura, de aquel frágil bibelot de carne, había un alma de héroe, un sol de pureza que nada lograría apagar.

La lucha fué muy dura. Estuvo en poco tiempo en condiciones de presentarse en los escenarios, pero siempre encontró dificultades insuperables.

Unas veces no lograba ni siquiera que le hiciesen caso, otras le imponían condiciones humillantes con

una brutal franqueza que la indignaba, o le dejaban entrever que para lanzarla era preciso algo más que gratitud a directores y empresarios.

No podía ser. Así, no llegaría nunca a ninguna parte. Sólo una artista de fama reconocida puede imponer condiciones en vez de admitirlas; pero para ser una artista famosa, es antes preciso ser una artista sin nombre, es decir, pasar por el período de los sacrificios.

Bailaba magistralmente, y gracias a eso obtenía algunos contratos por los pueblos y los suburbios de la capital, con los que reunía el dinero suficiente para no morir de miseria en los largos períodos de cesantía.

Y aunque iba progresando, su progreso era tan lento que no se vislumbraba el fin de la pendiente.

Sin embargo, no se encerraba en una vida de recatos y temores pueblerinos, pues su firme deseo de ser honrada no era incompatible con otros anhelos femeninos. Le gustaba brillar y deslumbrar.

Por eso, cuando poco a poco fue ganando para algo más que para comer, vistió elegantes trajes de calle y de soirée y, asistió a los centros de diversión de la aristocracia.

En este ambiente se creó una verdadera colmena de adoradores que poco a poco iba ahuyentando con sus demostraciones de que permanecería inexpugnable por encima de todo.

Esto daba lugar a aventuras que unas veces resultaban simples sainetes y otras bordeaban el drama, no llegando a serlo porque los pretendientes de Sara, hartos de rodar por la vida, tenían en el corazón la anestesia del tedio, o porque Sara poseía la suficiente habilidad para evitarlo.

Uno de sus pretendientes fué un noble europeo que poseía varios títulos y cuya ridiculez y presuntuosidad le llevaba a anteponer a su nombre varios de ellos.

Los amigos, que conocían su flaco, le llamaban el conde-duque, y algunos extremaban la nota añadiendo un título más, de donde resultaba la triple denominación de barón-conde-duque.

Lo conoció en un teatro.

El conde-duque, por el mero hecho de verla trabajar en un escenario, la creyó presa fácil y le envió un ramo de flores con una tarjeta suya donde aparecía su escu-

do de armas, la corona ducal y el castillo de sus antepasados.

Sara volvió la tarjeta, esperando encontrar en el respaldo los retratos de toda la familia, y, arrojándola en un rincón, seguida del ramo de flores, salió por una puertecilla trasera del teatro.

Cuando el conde-duque, cansado de esperar, preguntó y supo que la artista se había marchado hacía más de una hora, se dijo que no era presa tan fácil como había creído y que era conveniente proceder con más cautela.

En efecto, se enteró del hotel donde se alojaba y se dedicó a cortejarla como los jovencitos provincianos que rondan los balcones de las pretendidas sin atreverse a más.

Sara se lo tropezaba en el vestíbulo, en el comedor, en la escalera.

El conde-duque acechaba el momento de que le cayera el bolso o los guantes para apresurarse a recogerlos y tener así un motivo de entablar conversación; pero Sara, que pareció adivinarlo, tenía las manos más firmes que nunca.

Por fin, se encontraron en un restaurante donde tenían amigos comunes y el conde-duque se apresuró a hacerse presentar.

Por primera fué Sara objeto de la acosadora galantería europea, y desde entonces tuvo que entablar diariamente una lucha para librarse de ella.

A fuerza de insistir el conde-duque y ella de desairarle, se tendió entre ambos un lazo amistoso que daba al pretendiente ciertas prerrogativas, facilitando su labor.

Llegó a divertir a Sara aquel hombre vehemente, cuyo perfumado bigotillo temblaba al hablar, cosa que no había advertido nunca en los jóvenes americanos, primero porque no usaban bigote y segundo porque sus pasiones no llegaban a tanto.

Las pretensiones del conde-duque eran las que suele tener un noble hacia una bailarina. Por eso el pretendiente podía tener al mismo tiempo una prometida formal con la que, según contaban sus amigos, iba a casarse en plazo breve.

Aun sin querer, los amigos comunes de ambos—hay hombres tan aficionados a la murmuración como las mujeres—, le dieron pelos y señales de la personalidad de la prometida, e incluso se la mostraron a Sara un día en que todos, menos el conde-duque, se encontraron a la salida de un cinematógrafo de lujo.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Era una joven riquísima, hija de un gran industrial de California que tenía oficinas en todas las ciudades importantes de los Estados Unidos.

Esto, unido a su belleza y a que tenía un gusto extraordinario para vestir, hizo que Sara se fijara en ella lo suficiente para que se le quedara grabada en la memoria.

A todo esto, el conde-duque seguía presionando la posición sitiada.

A todas horas y en todas partes Sara se tropezaba al pretendiente, que ya iba sin rodeos a lo que le interesaba.

Se asombraba la artista de que un hombre que iba a casarse y amaba a su prometida se mostrara tan apasionado con ella. Misterios del corazón latino.

El conde-duque aparecía cada vez más vehemente y peligroso.

Ya no se contentaba con llamarla "estatua helénica", "Virgen de Rafael", "sol del universo" y otras lindezas por el estilo; ya no se contentaba con decirle que su corazón se moría de la sed de sus besos y que si no le amaba se quitaría la vida, sino que apoyaba sus palabras con la acción, y cada vez que hacía una de estas declaraciones po-

nía sus manos sobre algún punto del cuerpo de Sara.

Llegó ésta a sentir verdadero horror cuando se encontraba a solas con el conde-duque, y deseando estaba que se uniera en matrimonio a su prometida, a ver si esto calmaba sus ímpetus y la dejaba en paz de una vez.

Pero los deseos de Sara no hallaban realización. El conde-duque seguía amargándole la existencia y haciendo alusiones a su "cuerpo de estatua", al mismo tiempo que sus trémulas manos se disponían a comprobar prácticamente aquellas perfecciones.

La situación llegó a preocupar realmente a Sara.

Había recurrido a toda clase de determinaciones, siendo todas igualmente inútiles. Le *suplicó* que la olvidara y le *ordenó* que la dejara en paz, tropezando en los dos casos con la pasión loca y desesperada del conde-duque.

Un día, al pasar Sara por una calle un poco distanciada del centro, vió un rostro conocido entre los retratos que un fotógrafo tenía expuestos en el escaparate.

Aquel rostro era el de la prometida del conde-duque.

E L P A V O R E A L

Una idea brotó súbitamente en la imaginación de Sara y subió a visitar al fotógrafo.

Dijo que era colaboradora de una importante revista y que necesitaba aquel retrato para publicarlo en las páginas destinadas a la crónica de sociedad.

El fotógrafo se resistió, pero al ver la cantidad que Sara estaba dispuesta a pagar por el retrato, y al escuchar de labios de la compradora que el nombre del fotógrafo figuraría en negritas al pie del retrato, se apresuró a venderlo, ofreciéndole los de otras jóvenes distinguidas con sus correspondientes mamás.

Sara le prometió volver aquella misma semana a comprarle setenta u ochenta fotografías y el artista del objetivo se quedó soñando en su futura felicidad, mientras la artista, contentísima de su hallazgo, se dirigía al teatro para trabajar en la sesión de la tarde.

Como de costumbre, cuando, después de la función, regresó a su camerino, allí estaba el conde-duque con un descomunal ramo de flores y con los ojos llameantes de pasión.

Se desarrolló entre ellos una escena dramática.

—¡Le tengo dicho que no quiero

verlo aquí! Entra usted en mi camerino como si entrara en su casa.

—Es preciso que entre, Sara.

—¿Por qué, preciso?

—Porque no puedo vivir sin usted, porque no puedo pasar una hora sin verla.

—Le daré un retrato, y usted podrá contemplarme cuando quiera.

—¡Oh, no! Necesito la luz de sus ojos, necesito embriagarme con su aliento. Soy una víctima de su belleza fascinadora.

—Yo no tengo la culpa. Si es usted una víctima, allá usted con su tormento. No quiera atormentar a los demás.

El conde-duque, mirándola fijamente, como si quisiera perforarla con sus ojillos negros, dejó el ramo de flores en una butaca y se acercó a ella paso a paso.

—Oiga usted bien lo que le voy a decir, Sara. Si usted no acepta mis proposiciones, que otra mujer más razonable que usted consideraría ventajosísimas, yo tomaré esta misma noche una trágica determinación.

Se llevó la mano al bolsillo y extrajo una star de gran calibre.

Sara dió un grito y se plantó de

un salto junto a la puerta del camerino.

—No se asuste. No crea que voy a matarla. No es usted la que ha de morir.

—¡Ah! ¿no?

—No. El que ha de morir soy yo.

Accionando peligrosamente con la pistola, continuó sus explicaciones.

—Esta noche, cuando todo duerma en la ciudad, cuando todo sea reposo y silencio y sólo reine en mi alma agitaciones de tempestad, esta pistola cortará el hilo de mi vida... ¡Así!

Y se llevó la pistola a la sien, al mismo tiempo que abría los ojos desmesuradamente, con mirada de perturbado.

Sara se abalanzó de un salto sobre él, al mismo tiempo que gritaba:

—¡No!

Y añadió en seguida, para que él comprendiera bien el alcance de sus palabras:

—¡Aquí no!

El dejó caer los brazos con un gesto de amargo desaliento.

—¡Ah! Me había hecho la ilusión de que le importaba mi vida, y veo que lo único que le importa es que

no me la quite aquí, para evitarle compromisos.

Un silencio doloroso, y añadió:

—Bien, me iré lejos para arrancarme la vida, pero todo el mundo sabrá que usted no ha querido evitar mi suicidio.

Sacó del bolsillo un papel y se lo entregó a Sara.

—Mire. Aquí llevo escrita la carta que he dirigido al juez.

Sara leyó:

Me mato por una mujer, una mujer fatal en cuyas redes he caído. Comprendo que el recuerdo de su belleza, de su cuerpo maravilloso, que he visto muchas veces en los escenarios, me impediría vivir en paz y dar a mi hogar la alegría y el bienestar debidos. Esa mujer es...

Sara no terminó de leer.

—¡No hay derecho a que ponga usted aquí mi nombre!

Sara quedó un momento pensativa, con la mirada fija en el suelo y los ojos desorbitados. Sara hubiera sido una buena artista de comedia.

—Esta situación—dijo por fin—me obliga a revelar un gran secreto de mi vida, algo que todos ignoran y que yo voy a contar a usted sin más condición que la de recibir

su palabra de honor de que respetará mi secreto.

La actitud que Sara había adoptado era para inquietar a cualquiera.

Ahora era ella la que fijaba en él una mirada extraviada, de demente.

—Diga usted—ordenó con energía—: “Juro por el honor de mi apellido no revelar a nadie su secreto.”

El conde-duque, un poco atemorizado, repitió aquellas palabras.

—Bien—dijo Sara—. Ahora va usted a saber por qué no puedo aceptar sus proposiciones. Yo también tengo un apellido respetable, yo también tengo una familia cuyo honor no puedo manchar. Sara Claire no es mi verdadero nombre. Bajo el Claire se oculta un apellido que conoce toda América. No es necesario explicar los motivos que me impulsaron a abandonar la casa paterna. Desde luego, puedo asegurar a usted que mi honor salió incólume de aquella casa e incólume sigue, como corresponde a una mujer que lleva mi apellido.

Se derrumbó en una butaca y ocultó el rostro entre las manos. Por un momento no hizo otra cosa que llorar, silenciosamente, mejor

dicho, que hacer ver que lloraba.

—¡Oh, cuánto sufro!—dijo alzando los ojos, que aparecían llorosos a fuerza de frotaciones—. ¡Cuánto los amo! ¡Sobre todo... esa hermanita de mi alma! ¡Oh, oh! Usted no puede imaginarse lo que es tener que vivir alejada e ignorada por una persona que lleva nuestra misma sangre y a la que adoramos fervorosamente... Siempre llevo su imagen conmigo. Horas enteras paso contemplándola. ¡Es tan linda! ¡Es tan buena!

Se acercó al tocador, abrió lentamente uno de sus cajones, extrajo un retrato—el retrato que aquella tarde había comprado en el estudio de un fotógrafo y lo cubrió de besos, al mismo tiempo que murmuraba frases de ternura.

De pronto tendió el retrato hacia el conde-duque.

—¡Contéplela, amigo mío! Dígame si no es para adorarla.

El conde-duque tomó el retrato y, al contemplar la imagen de su prometida, se quedó tan frío e inmóvil como una estatua de hielo. ¡En menudo lío había estado a punto de meterse! ¡La amante y la esposa hermanas! Podía dar por seguro

que su retrato habría figurado en todos los periódicos. ¡De buenas se había librado!

Sara, que seguía fingiendo un llanto convulsivo, exclamó de pronto:

—¡No! ¡No podré resistir la tentación de ir a verla!

El conde-duque dió un salto.

—¿Ir a verla?

—No me podré contener.

—¡Oh, no! No haga usted eso. Hay que ser valientes hasta el fin...

Tenga, tenga... Comprendo su dolor. Le aseguro que no volveré a molestarla. Se lo juro por las cenizas de todos mis antepasados.

Y salió de estampía.

Cuando la puerta se cerró, Sara levantó la cabeza y lanzó un profundo suspiro.

¡Por fin estaba libre!

Había ganado la más importante batalla de su vida.

¿La más importante?

Continuemos nuestro relato.

* * *

Pero he aquí que si terca era ella, más terco aun resultó uno de sus pretendientes: el millonario Clayton Saville.

A Sara le fué simpático desde el primer momento.

¿Por qué?

En el alma de las personas jóvenes hay simpatías inexplicables.

Saville era un hombre todo gentileza y distinción. Sara se sentía tratada por él como habría tratado a una dama aristocrática, es decir, de su medio.

Sara rechazaba sistemáticamente sus insinuaciones amorosas como hubiera rechazado las de cualquier

otro, pero es lo cierto que en el fondo de su alma la bailarina había establecido una diferencia entre Saville y los demás hombres.

Y como él, tenaz y siempre correcto, insistía una y otra vez, a Sara le iba siendo cada vez más difícil mostrarse despreciativa.

Nada que pareciera una ofensa ni un deseo grosero había salido de sus labios, cuando, un día, Sara le preguntó:

—Pero ¿qué desea usted de mí? Dígalo claramente.

Y él, entonces, con su habitual impasibilidad, contestó:

—Que sea usted para mí y sólo

para mí. Que no tenga usted que trabajar para ganarse la vida. Si nuestra amistad fuera más que eso yo me consideraría obligado a compartir con usted lo que poseo.

—Dígalo usted claro. Quiere que sea su amante—exclamó Sara roja de indignación.

—Así han dado en llamar a esa forma del amor.

—¿Y no ha pensado usted que sólo esa baja proposición puede ofenderme?

—Si la hubiera considerado baja no se la habría hecho.

—Entonces ¿qué es para usted una bajeza?

—Si usted considera que yo la he cometido le pido perdón. La adoro a usted... y eso sí que no lo retiro.

Sara le dejó plantado. Al fin y al cabo era como los demás. No quería saber nada de él. No volvería a verle en la vida.

Y pensó:

—¡Lástima! ¡Un amigo tan agradable!... ¡Un hombre tan simpático!...

Pero no, sin duda no era para ella como los demás, por cuanto volvió a los lugares que él frecuentaba.

Y se reanudó aquella amable amistad que para el millonario era algo más que camaradería y que acaso para Sara también lo era.

No tardó Clayton Saville en insistir en su demanda, y Sara volvió a indignarse.

Pero esta vez comprendió algo mejor la intención que Saville ponía en sus palabras, y en vez de dejarle plantado, le dijo con franqueza, con una franqueza semejante a la empleada por él:

—Si quiere usted que sigamos siendo amigos, no vuelva a hablar-me de ese asunto. Ahora bien, si mi amistad no le interesa, si lo único que le interesa de mí es lo otro...

—Para que vea usted que su amistad es para mí algo muy precioso, le prometo contenerme, es decir, le prometo hacer algo que no he hecho en la vida, porque para mí lo principal es poder decir lo que siento.

¿Había cumplido su palabra?

No. Había faltado a ella por primera vez en su vida. Y es que permanecer al lado de Sara y no decirle los deseos que le inspiraba era algo superior a sus fuerzas.

III

Ahora regresaba de una *tournee* por los Estados Unidos.

Se había enterado de que estaba Saville en el hotel Plaza y había ido a encontrarse "casualmente" con él.

Cenaron juntos. Sostuvieron un diálogo sin importancia. Después bailaron y, finalmente, subieron a las habitaciones de Clayton.

Por la escalera habían ido hablando de la sorpresa y de la alegría que experimentaron al encontrarse, pero, una vez en la intimidad de la habitación y como si ello le diera derecho a hablar sin tapujos, Clayton se echó a reír y exclamó:

—¡Qué tonta eres! ¡Me abandonaste hace tres meses y ahora vuelves a buscarme!

Sara no pareció inmutarse. Si algo pasó dentro de ella lo supo disimular.

Se encogió de hombros.

—Para mí eres como un "entre-acto". Me aburría y, en efecto, he pensado en ti al entrar en este hotel.

—¿Tan sólo al entrar has pensado? Yo, en cambio, creo que vienes pensando en mí desde el punto en que te encontrabas, y que, conmigo en el pensamiento, has entrado en Nueva York. ¡Quién sabe si ha-

brás ido a mi casa a enterarte de dónde podrías encontrarme!

—Eso es fácil de comprobar. Pregunta a los criados.

—No pregunto a los criados jamás. Murmuran sin necesidad de que se le pregunte. Imagínate lo que sería si les diera uno mismo el tema.

—Ya sabes que a mí me importan muy poco las murmuraciones. Me basta con que no tenga que murmurar de mí mi conciencia. Las personas que temen las murmuraciones de los demás me son sospechosas. Ha dado la pícara casualidad de que siempre que he conocido a una muchacha que se ponía con miedo el rimmel en los ojos y el carmín en los labios, para evitar las hablarías de quien no acostubra pintarse, he sabido después que tenía un amante con la misma discreción. En cuanto a los hombres, he observado algo parecido. Los más austeros, los que miran mucho los lugares adonde van y las compañías que admiten, esos son los que, a la chita callando, llevan en la intimidad una vida más indecorosa.

—Gracias por la parte que me toca.

—Tú, en el fondo, eres un hombre bueno.

—Gracias también por el paliativo, pero quiero decirte que, a pesar de tu discurso, seguiré evitando que mis criados tengan más motivos para murmurar de los que ellos se buscan.

—Porque tú adolecas del mismo defecto que las personas a que he aludido antes. Tú temes a las murmuraciones.

—Temer, no. Me desagradan.

—En cambio no te desagradaría llevar una vida extralegal con una mujer.

—Con una única mujer.

—No importa. Una extralegalidad exclusiva no sería menos extralegal. Además, tendría la agravante del disimulo... Una casita retirada... ¿Por qué retirada? ¿Para que ella no tenga de qué avergonzarse o para que no te avergüencen a ti por ella?

—Menos mal que has reconocido que en el fondo soy un hombre bueno. Eso me evita el tener que defenderme... El caso es que has venido, a pesar de todo. Hablemos de otra cosa. Creo que el negocio de tu *tourné* ha ido de cabeza. Ya

sabes que estoy dispuesto a ayudarte.

—Eso quisieras tú: ayudarme para que estuviera en deuda contigo.

—Yo no lo consideraría así. Tú nunca tendrás deudas conmigo, porque yo para ti nunca tendré préstamos sino cesiones incondicionales.

—Pero yo no lo vería así. Yo me consideraría en deuda contigo por mucho que tú te empeñaras en lo contrario. Acaso tú comprendas esto en el fondo de tu subconciencia. Felizmente, he podido pagarlo todo. Siempre hay en mis ligas una reserva de billetes para atender a semejantes casos.

—Te felicito por las dos cosas.

—¿Qué dos cosas?

—Los billetes y el lugar donde los guardas. Bella caja de caudales. Puedes jactarte de poseer las piernas más deliciosas de los Estados Unidos.

—¡Alto! No entremos en la zona del peligro.

Y se dirigió al piano.

Pensativa, se sentó en la banqueta y comenzó a teclear distraídamente.

Clayton la contemplaba a través del humo de su cigarrillo.

Y en su semblante, siempre impenetrable, había un reflejo de emoción inocultable.

De pronto, Sara, comenzó a tocar y a cantar.

IV

Sara tenía una voz deliciosa y cantaba con un gusto extraordinario.

La canción elegida ahora era ligera y sentimental, canción entre frívola y triste, nota romántica para esas revistas que son una exposición de piernas blancas, de luces fuertes, de colores vivos, de variedad y de alegría.

Poco a poco, sin hacer ruido, Clayton se acercó al piano.

Acodado en el borde superior, estuvo escuchándola y contemplándola. No se sabía qué le impresionaba más: si el canto o la cantante.

—Esta canción no la conoces tú —dijo Sara al terminar.

—Sí que la conozco. La oí en Baltimore.

—¿A quién?

—A ti.

—¿Estuviste en Baltimore? ¿Fuiste para verme?

—No. Valga la franqueza. Otros asuntos me llevaron allí, y al ver tu silueta en los carteles de un teatro entré.

—¿Por qué no pasaste a visitarme? ¡Vaya un modo de sentir la amistad!

—Entrar habría sido romper contigo.

—¿Por qué?

—Porque después de verte como te ví me habría sido muy difícil hablarte con la corrección que tú deseas.

—¿De verme como me viste?

—¿Quieres que te regalen los oídos? Pues bien, voy a satisfacer tu deseo. Vi unas piernas blancas, maravillosas, sin mallas que pudieran empañar su nitidez y su belleza. Las rodillas, redondas y firmes, eran el principio de dos magníficas columnas, finas peropletóricas, suaves pero fuertes, que poco a poco, en una curva larga y ligera se ensanchaban hasta unirse en un capitel único. Una franja de terciopelo, de raso o de carne y, más arriba, otras maravillas apretadas y cubiertas por gasas de oro. Sobre todo eso estaba tú boca, tus ojos apasionados. ¿Cómo quieres que pudiera responder de mi prudencia? En aquellos momentos sólo de una cosa hubiera podido hablar contigo, cosa que tú no quieres oír. Preferí quedarme con la miel de la ilusión en los labios.

Se había ido enardeciendo conforme hablaba.

Ella permanecía muda y dijérase que emocionada de oírle hablar así.

Era un momento peligroso para el corazón de Sara.

Habría de hacer descomunales esfuerzos para defenderse.

Se levantó y se dejó caer con indolencia en la chaise-longue que había junto a la ventana.

Estaba visto que permanecer junto al piano era peligroso.

Pero no por eso logró apagar el fuego que la canción había encendido en el alma de Clayton.

Había puesto el pie en la pendiente.

Pero ¿acaso no era eso lo que Sara pretendía?

—Tu visita quiere decir mucho, Sara. Sería inútil que lo trataras de ocultar. No nos engañemos. Acepta mi oferta.

Ella se levantó.

—No insistas—dijo con tono terminante—. Más que tu proposición me enoja que me consideres digna de hacérmela, porque eso es ir contra mi dignidad.

—¡Acabáramos! ¿Sólo por eso te molesta mi proposición? Pues bien; oye lo que voy a decirte. La haría a cualquier mujer, sin distinción de clases. Es decir, a cualquier mujer

que fuera inteligente como tú. No quiero una cadena legal: quiero una cadena de amor.

Y añadió con tono emocionado y sincero:

—Escucha y comprende. Mi adoración es firme. Quiero que el lazo indisoluble lo formen tus brazos... ¡Oh, Sara! ¡Si vieras el nido!... Un jardín por un lado, una terraza que da al río por otro. Allí está tu tranquilidad. No tienes carácter para andar luchando por los escenarios. Tendrás libertad y respeto. Un hombre bueno y amante estará siempre a tu lado.

Tuvo Sara que volver la espalda para que él no leyera la emoción que se reflejaba en su semblante. No podía evitar que aquellas palabras tan sinceras y tan llenas de amor fueran a su corazón directamente.

Replicó, pero en tono amistoso:

—Yo sólo aceptaré ese piso cuando de antemano hayas puesto en la puerta una placa que diga: Señor y señora Saville". Más claro: no quiero amante, sino marido.

Y así como antes había huído de la música como se huye de un ambiente peligroso, ahora se refugió en ella.

Se sentó ante el piano y sus de-

dos comenzaron a recorrer el teclado ligeramente.

Pero él la cogió las manos:

—Deja la música y escúchame. La cuestión está sobre el tapete. Discutámosla hasta el fin. Vamos a descender un poco a la realidad. Vamos a hablar sin metáforas ni rodeos.

La hizo sentar en la chaise-longue.

—Supongo que tratarás de ofenderme lo menos posible.

—Quiero convencerte de que no has sabido comprender el fondo de mi proposición. Yo no hablo de matrimonio, no porque te considere indigna de él, sino porque el matrimonio me parece una ceremonia inútil y que sólo sirve para dar carácter obligatorio a lo que sólo debe ser un movimiento espontáneo del alma. Concedes a la comedia del anillo una importancia que no tiene. A mí no podrá caberme jamás en la cabeza que unas firmas puedan reforzar los sentimientos del corazón. Además, el matrimonio tenía una explicación antes de existir el divorcio. Pero el divorcio lo ha inutilizado. Desde el momento que se puede deshacer, deja de ser matrimonio. Se creó precisamente para



Cenaron juntos.



Después bailaron...



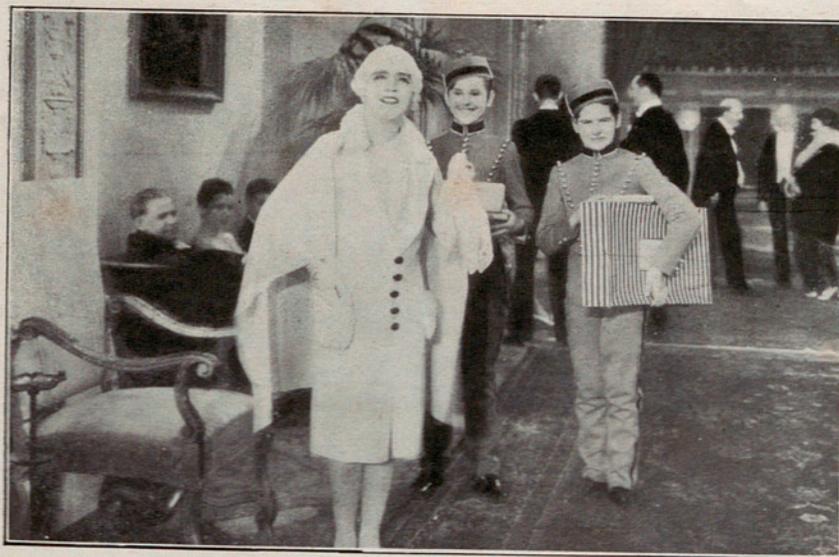
—Para mí eres como un «entreacto»



—...Más claro: no quiero amante, sino marido.



Y le ofreció los labios.



Después de cenar, entraba Sara en el hotel Plaza.



...y hasta que estuvo en la habitación no desapareció la inquietud de la recién casada.



Sara, que ni siquiera había tenido tiempo de desnudarse, apareció en seguida.



— ¡Esto es intolerable!



— ...pretendió arrojarme del hotel suponiendo que mi esposa es una mujerzuela.



...y lo derribó de un tremendo golpe en la barbilla.



...y preguntó si Saville estaba en sus habitaciones.



—... ¡Habla! ¿Por qué callas?



— ¡Créeme, esposo mío!



De pronto, oye un ruido a sus espaldas.



— He aquí mi respuesta.

dar un carácter de indisolubilidad a la unión de dos seres de sexo distinto por movimiento espontáneo del cuerpo y del alma. Se hizo así porque en aquellos tiempos remotos el pudor estaba tan en mantillas como la humanidad y ello daba origen a desenfrenos que sólo con la fuerza podrían evitarse. Pero la humanidad ha progresado. La humanidad razona. Y esas razones son el freno que antes no existía y al que se tuvo que buscar un substitutivo. Y el mundo lo comprende. Por eso en nuestro país y en la mayoría de los países del mundo se ha establecido la facultad de separar lo inseparable, de deshacer el lazo conyugal. Para ese viaje no necesitamos alforjas. El matrimonio así me parece algo tan estúpido como el tabaco sin nicotina, el café sin cafeína o una pólvora que no produjera explosión. Si se ha de suprimir la explosión, es más lógico que se suprima la pólvora.

—Vamos a convenir en la inutilidad de esa ceremonia. Convengamos en que es un farsa sin consecuencias. ¿Por qué no te decides a pasar por ella? Si tan inútil es, si tan poca trascendencia tiene, si el divorcio te asegura la libertad cuan-

do lo desees, ¿por qué temes afrontarla?

—Es que consecuencias sí las tiene. Consecuencias desfavorables originadas por el carácter obligatorio del anillo. ¿Conoces muchas norteamericanas que sean felices en el matrimonio?

—Muchas. En el mundo hay más mujeres buenas de lo que tú supones.

—No mezcles una cosa con otra. Nada tiene que ver la bondad con eso. Te he preguntado si conoces muchas norteamericanas que sean felices en el matrimonio.

—Y yo te he contestado que muchas.

—Pues has tenido más suerte que yo.

—¿Acaso no has conocido a ninguna? No puedo creerlo.

—Ten en cuenta que yo no me fío de las palabras de los interesados. Ellos, por lo regular, dicen que les va muy bien en su vida matrimonial. ¿Qué han de decir? A nadie le gusta hacer ostentación de sus pesares. Bastante tienen con compadecerse a sí mismos.

—No puedo creer que me amas, cuando tanto razones.

—Todo cuanto digo es en defensa del amor.

—Un amor muy sospechoso. El amor concede y no exige. Ahora bien, si es un simple deseo, un simple movimiento de la vanidad que se empeña en cubrir la herida del fracaso, si eres el donjuán irritado por el primer desprecio...

—Si fuera un donjuán como te atreves a suponer, te habría dejado, para no volver a ocuparme de ti, la primera vez que me prohibiste volver a hacerte la proposición que tantas veces he repetido. Porque el donjuán no es como tú y como otros muchos creéis. El donjuán es de temperamento indiferente, hastiado y frío. Suspende las empresas a la primera posibilidad de fracaso que vislumbra en el horizonte. Por eso no llega a fracasar nunca. Los que fracasamos somos los que amamos tan de veras y tan precioso consideramos el triunfo, que dedicamos al logro de nuestros propósitos todas las fuerzas y todas las ansias de nuestro ser.

—No nos pondremos de acuerdo nunca. Si tales ansias tienes, si tan profundas son tus esperanzas de felicidad, ¿por qué no haces el pe-

queño sacrificio de afrontar la ceremonia del enlace legal?

—No es la ceremonia lo que me detiene. Son las consecuencias.

—Pero ¿qué consecuencias?

—Las que se derivan siempre de dar carácter obligatorio a lo que debe ser una inclinación.

—¡Bah! No comprendo esas complejidades que parecen dictadas por el doctor Freud.

—Todos los lazos ahogan. He observado a mis amigas y amigos casados y les he visto naufragar con ese lazo tan codiciado por ti. Solamente la idea de que la ley está ejerciendo estrecha vigilancia sobre el corazón, representa para éste una coacción insoportable. ¿Te acuerdas de Rudy Harrimon? Se pegó un tiro en plena luna de miel. Parker mató a Elsa, su esposa, a los pocos meses de matrimonio. John...

—También yo puedo citarte matrimonios felices.

—Sin duda te dejas engañar por tus amigas.

—¡Qué terquedad! Estás ofuscado.

—Yo, en cambio, creo que la ofuscada eres tú.

—Entonces, es inútil que sigamos discutiendo. Cada uno tenemos

una convicción muy arraigada que no habrá argumentos capaces de desarraigar.

Y, nuevamente, con una indiferencia que estaba muy lejos de sen-

tir, pues la amenaza del fracaso se cernía sobre sus sienes, volvió a sentarse ante el piano para disimular con las emociones de la música otras emociones más hondas.

V

Y otra vez también Clayton sujetó aquellas manos con suavidad acariciadora.

—¿Te siguen molestando mis ideas?—preguntó afectuosamente.

—Sí—repuso ella con dolorosa sinceridad.

—Siento que no tengas la suficiente confianza en mí para no tomar como ofensivo nada de lo que yo te diga.

—Son, como he dicho, convicciones muy profundas y arraigadas. Nací con ellas y con ellas me educé. Al pretender arrancármelas siento como si intentaras arrancar-

me una parte de mi organismo. Me parece algo así como si me obligaran a abandonar la religión en que siempre he tenido fe.

—Sin embargo, tú me quieres. Bien lo demuestra tu visita.

—¡Qué equivocado estás! Temo que vas a recibir una gran desilusión cuando te diga que he venido a decirte adiós.

El sonrió incrédulamente, pero Sara apagó la sonrisa de aquellos labios con esta revelación sensacional:

—Mañana me caso.

—Pero ¿hablas en serio?

—¿He hablado alguna vez en broma?

La actitud de Sara más que las palabras demostraba a Clayton que iba a hacer lo que decía.

—Estoy seguro de que vas a cometer alguna locura. Aprovechas la pasión momentánea de algún adorador impetuoso.

—Otra vez te equivocas—replicó Sara tratando de dar a sus palabras un tono de indiferencia—. No se trata de un matrimonio concertado en dos días, sino de mi primer amor, de uno de esos amores completos y antiguos que son los más firmes y duraderos.

—¿De tu primer amor? Jamás te había oído hablar de él.

—Sin embargo, existía. Se trata de un compañero de colegio de Texas. Tiene una locura por mí. Cuando me marché me dijo que le escribiera el día que cambiara de opinión y prefiriera la paz del matrimonio a la agitación de la vida en la ciudad. Ahora es Procurador general del distrito, el hombre de más influencia del Estado. Ya está el aviso en su poder.

—Pero ¿sabes si después de tantos años te sigue queriendo?

—Estoy convencida. No ha cesa-

do de escribirme desde que nos separamos, aunque yo, ingrata, le he desairado muchas veces.

Clayton se acercó a ella mirándola fijamente.

—Dilo de una vez, Sara. Tú no le amas. Tú vas a cometer la locura de casarte con él sin amarle. Prefieres un matrimonio sin amor al amor sin matrimonio. Mirame, Sara, y contesta sinceramente, con tu inveterada sinceridad a lo que voy a preguntarte: ¿Me amas?

Ella le miró en silencio antes de contestar:

—Te quería. Pero en este momento estoy arrepentida de haber venido para ver si habías cambiado de opinión, para ver si te decidías a casarte.

—Me temo que la terquedad va a ser tu perdición. Estoy seguro de que seríamos felices puesto que nos amamos y los dos somos honrados y buenos. Pero estás empeñada en echar sobre ti la carga de un matrimonio sin amor.

—Tampoco tú quieres ceder.

—Lo hago por bien de los dos. No quiero echar a tu cuello la cadena que ha de obligarnos a que nos amemos. Prefiero un simple lazo de seda: el amor. Este lazo es frágil

pero más seguro que esas pesadas cadenas con el eslabón del divorcio abierto.

—Está bien. Nada me queda por hacer aquí.

Por última vez, Clayton trató de detenerla.

—Piensa que te buscas una ruina, Sara.

Pero Sara continuó su camino hacia la puerta y repuso sin volverse:

—Todo lo que tenía que pensar lo tengo pensado.

—Aun estás a tiempo de rectificarme, Sara. No trates de fingir una indiferencia que no sientes. Tú me amas, Sara, como yo te amo a ti. Estoy seguro de que si me dieras un beso no tendrías valor para marcharte.

Sara se detuvo indecisa. Estaba bien segura de su voluntad.

—Voy a demostrarte que otra vez te equivocas.

Y le ofreció los labios.

Fué un beso largo, apasionado, anhelante por parte de Clayton y también, esta es la verdad, por parte de Sara.

—Adiós—dijo ella después, con un esfuerzo.

El, advirtiéndole que no era dueña de sí, la retuvo aún.

—Antes de casarte piensa en mí. Antes de contestar a la pregunta del sacerdote piensa en tu verdadero amor.

—¡Basta! — exclamó Sara con desesperación—. No me tortures más. He de casarme. Estoy cansada de luchar por la vida. Mis débiles brazos están rendidos. Necesito que alguien luche por mí.

—Es que ese alguien puedo ser yo.

—No. Tú no me propones el descanso. Tú me ofreces la difícil situación de la mujer que está unida a un hombre, pero no legalmente.

—Está bien. No insisto. Veo que todo es inútil. Permíteme siquiera que por última vez te acompañe.

—No. No podría soportar una nueva despedida. Adiós.

Y esta vez sí que vio Clayton cómo la puerta se cerraba después de haber dado paso a la mujer de sus sueños y oyó luego cómo sus pasos se perdían a lo largo del pasillo que conducía a la escalera.

VI

Se dirigió decididamente a la oficina de teléfonos y puso un telefonema en el que, además de la dirección y la firma, decía simplemente: "Ven".

Y aquella noche, es decir, aquel resto de noche, Sara no pudo dormir.

Tenía plena conciencia de que acababa de dar el paso más definitivo de su vida.

Comprendía, además, que aquel paso representaba para ella bastantes amarguras.

No se podía engañar a sí misma

diciéndose que no amaba a Clayton. Lo amaba y mucho, tanto como ella juzgaba que era necesario amar a un hombre para ser plenamente feliz.

A Bradley—su antiguo novio—, en cambio, estaba segura de que nunca le podría amar con aquel mismo amor que Clayton había despertado en su alma virgen.

Pero eso no quería decir que estuviera arrepentida. Nada de eso; estaba segura de haber obrado con arreglo a su deber y de tener el valor de soportar noblemente las consecuencias.

Bradley ni siquiera se enteraría de su difícil situación sentimental. Es más, ella querría a Bradley, aunque fuera con un amor distinto al que sentía por Clayton.

Sabía muy bien cuáles eran los deberes de una esposa. Sabía que el primordial era hacer a su esposo feliz. Y ella estaba dispuesta a hacerlo, no importa a costa de qué sabrehumanos esfuerzos.

Al día siguiente recibió una respuesta telefónica en que Bradley le indicaba la hora del arribo, y puntualmente estuvo en la estación.

La alegría brillaba en el rostro de Bradley cuando descendió del tren.

—¡Sara, Sara!—exclamó desde el estribo, y, dando un gran salto, se arrojó sobre su amada y la estrechó entre sus brazos con vehemente afecto de esposo.

Ella sonreía también.

—¡Gracias, querida! — añadió Bradley loco de júbilo—. Tu telegrama me ha hecho el hombre más feliz del mundo. Tenía unas esperanzas ciegas de que llegaría este momento...

—Yo también estaba segura de

que habría de llegar—mintió ella piadosamente—. No podía ser de otro modo.

Un caballero se acercó a la pareja. Bradley, al verlo, se mostró muy jubiloso.

—¡Querido Sanders!

Se abrazaron.

—Sara — añadió Bradley—. Te presento a mi amigo Sanders, el primer procurador de Nueva York, que va a casarnos inmediatamente.

En el automóvil de Sanders marcharon los tres al domicilio de éste, y allí almorzaron.

Bradley se mostraba impaciente.

—Amigo Sanders, cuando terminemos de almorzar vamos a arreglar los papeles. He esperado demasiado tiempo y no quiero aplazar la boda ni un día más.

—Todo lo tengo preparado, amigo Bradley. He mandado preparar para vosotros una comida íntima en City Hall. Después, al mejor hotel, tenéis reservada una habitación... Es el hotel Plaza.

Al oír este nombre el semblante de Sara se transfiguró.

No pudo disimular un movimiento de turbación profunda.

Aunque confiaba en la caballerosidad de Clayton, sólo el verle podía significar para ella un peligro.

Pero no se atrevió a objetar nada. Acaso hubiera sido peor. ¿Con qué excusa podía rechazar aquel hotel?

E inclinó la cabeza ante la fatalidad.

Todo se realizó como estaba previsto y, después de cenar, entraba Sara en el hotel Plaza, del brazo de su marido.

VII

El detective, junto al mostrador, oyó perfectamente las palabras que pronunciaba Clayton.

—Prepárenme la cuenta y hagan que me reserven un pasaje para Europa. Parto mañana y no regresaré hasta pasados algunos meses.

El detective guiñó un ojo a su amigo el ordenanza.

—Este se marcha huyendo. Estoy seguro.

Pero, apenas había tenido tiempo de sentar esta pícara hipótesis, cuando vió en medio del gran vestíbulo a Sara, del brazo de Bradley.

—Ya está ahí esa pájara—exclamó—. Y va con otro. ¡Vaya una mujer activa!

La pareja se dirigió al mostrador, de modo que tuvo que pasar por el lado del detective, el cual fijó en Sara una mirada entre burlona y amenazadora.

La artista se estremeció.

Recordaba aquella cara. Estaba segura de haberla visto otra vez y de haber recibido entonces una impresión tan desagradable como la que le producía ahora.

¿Quién sería aquel grosero individuo que la miraba con tal des-
caro?

Entretanto, Bradley firmaba en el libro del hotel.

Después, el encargado del mostrador puso a disposición de ellos un criado que los condujo a la

habitación que tenían reservada.

Mientras subían la escalera, Sara advirtió que el desconocido de cínica mirada no le quitaba ojo y hasta que estuvo en la habitación y hubo cerrado la puerta no desapareció la inquietud de la recién casada.

* * *

El detective se quitó el puro de la boca, sacudió con parsimonia la ceniza y llamó al empleado del mostrador.

—¿Quién es ese punto?—le preguntó.

—Un tal Bradley, de Texas.

—¿De Texas?

—Eso ha escrito en el libro.

—¡De Nueva York a Texas! ¡Esa mujer tiene por corazón el mapa de los Estados Unidos! Pero puedo asegurarle que ha terminado de convertir este hotel en refugio de sus... coquetorías, dicho sea en metáfora.

—¿Qué piensa hacer?

—Ahora lo verá. Dígame el número de la habitación que ocupa.

—El 212.

—Perfectamente.

Cogió el teléfono y comunicó con el Conserje del hotel.

—Haga el favor de enviar un mozo al cuarto núm. 212 antes de cinco minutos. Es para sacar unas maletas.

Colgó el teléfono. Hizo uno de sus guiños equivalentes a un "¡Qué grande soy!" y se dirigió a la escalera.

Se detuvo ante la habitación número 212 y la golpeó con los nudillos.

Bradley abrió en seguida y el detective se introdujo sin esperar la invitación del huésped.

Bradley le contempló sorprendido ante el acto de grosería y violencia.

—¿Quién es usted?

—Soy el detective del hotel. ¿Es usted Bradley?

—El mismo.

—Pues bien, joven: le recomiendo que abandone esta habitación en seguida.

Bradley estaba estupefacto.

—¿Qué significa este atropello? ¿Por qué he de abandonar una habitación que tengo pagada?

El detective paseaba su mirada escudriñadora por la habitación.

¿Dónde estaba la "pájara"?

Sus ojos tropezaron con la puerta cerrada del cuarto de baño y no necesitó abrirla para comprender que la "pájara" estaba allí.

—¡Explíquese usted! — insistió Bradley—. ¿Por qué he de abandonar esta habitación?

El detective apuntó con el índice el cuarto de baño.

—Por la damita que está ahí dentro.

Fué tanta la sorpresa y la indignación de Bradley, que no supo qué decir.

El detective se había acercado a la puerta del cuarto de baño y dió en ella unos golpes con los nudillos.

—¡Vamos, señorita, ya se ha aseado usted bastante!

Sara, que ni siquiera había tenido tiempo de desnudarse, apareció en seguida.

Al ver al hombre que encontró en el vestíbulo y cuya mirada cínica la sorprendió, presintió algo funesto, y preguntó a su marido:

—¿Quién es ese hombre? ¿Con qué derecho viene a molestarnos?

—No sé. Estoy sorprendido ante su cinismo, que ha de costarle caro.

—Hagan el favor de bajar la voz. Están en un hotel de primera categoría.

Bradley temblaba de indignación.

—¡Ahora mismo ha de darme usted una explicación de sus palabras! Esta señora es mi esposa.

—Mire, joven. Lo más conveniente para usted es que regrese a Texas en seguida... ¡Su esposa! En estos casos todos dicen lo mismo.

Yo he visto como le pescaba en el hall.

—¡Esto es intolerable! — rugió Bradley, y, ciego de ira, se abalanzó sobre el detective.

Menos mal que Sara se interpuso.

—¡He dicho que nada de escándalos! No es corriente portarse así en un hotel de primer orden. ¡Vaya! Les concedo cinco minutos para hacer las maletas.

—¡Veremos quién de los dos es el que sale de aquí!

—Nosotros, querido — suplicó Sara—. Vámonos. Me ahoga esta atmósfera de miserias. Hay que saber despreciar.

—Siempre lo mismo—dijo sonriendo el detective—. Estoy cansado de repetir la escena y siempre oigo las mismas palabras.

En la puerta se detuvo para lanzar su última pulla:

—Cualquier chofer puede llevarles a un hotelito amable.

Bradley se abalanzó sobre la puerta, pero el detective la había cerrado.

Sara le había cogido de un brazo.

—No merece ese hombre que se empañe la felicidad de esta noche que para nosotros ha de ser inolvidable.

—Por eso mismo no quiero que permanezca en nuestro recuerdo con una mancha. Ese imbécil se acordará de ti.

Se presentó el mozo por las maletas.

—¿Dónde desea el señor que se las deje?

—Espere usted aquí con ellas o guárdelas donde demonios se le antoje. Necesito ver al director del hotel.

Sara trató de disuadirle. Comenzaba a entrever lo que aquello significaba y presentía que la comedia iba a terminar en drama.

Pero Bradley estaba decidido. Si le hubiera ofendido a él acaso hubiera callado en atención a la solemnidad de la noche, pero la había ofendido a ella y eso no lo podía consentir ningún esposo que tuviera un mediano concepto de la dignidad.

A la fuerza la arrastró al despacho del director.

Un ordenanza le detuvo para pedir su nombre y él le dió una tarjeta.

Inmediatamente reapareció para cederle el paso y el director les recibió con extremada amabilidad.

—Estoy encantado de ofrecer mis

respetos al señor Procurador General de Texas y su esposa.

—Pues yo—repuso el texano—estoy indignado por las graves ofensas que nos ha inferido un titulado detective del hotel.

El director se inmutó visiblemente.

—¡Oh, señor! Sin duda le ha confundido. Le ruego que le perdone.

—Ese individuo, usando las palabras más groseras y los más torpes ademanes pretendió arrojarme del hotel suponiendo que mi esposa es una mujerzuela.

—¡Oh!

—Por mi cargo oficial sé que tengo derecho a una indemnización elevada, pero prefiero una explicación.

—Señora — balbució el director del hotel dirigiéndose a Sara—. Yo lamento la equivocación y pido mil perdones.

—Eso no basta — replicó Bradley—. Exijo que ese detective dé explicaciones.

El director se inclinó.

Oprimió el botón del timbre.

—Diga usted al detective que venga — ordenó al ordenanza que acudió a la llamada.

El detective compareció en seguida.

Se mostró sorprendido al ver a la pareja en el despacho del director, pero no atemorizado.

Era el mismo hombre cínico y rudo por el que Bradley se había visto atropellado.

—Es preciso—le dijo el director con tono terminante—que dé usted una explicación a esta señora de su torpe conducta.

Pero el detective, lejos de mostrar la menor inquietud, sonrió despectivamente:

—¿Una explicación a ésa?

Sara cambió de color. Bradley quiso abalanzarse sobre el detective, pero le sujetaron entre su esposa y el director del hotel.

Este, cada vez más descompuesto, exclamó:

—El señor Bradley renuncia a la indemnización a que tiene derecho si usted le pide perdón.

—¡Bah! — repuso el detective despectivamente—. Ya verá como ese texano, por la cuenta que le tiene, no reclama nada.

—¡Basta! — dijo enérgicamente el director.

—¡Que pida, que pida indemni-

zación! Me bastará pronunciar una palabra para que se ría de él todo el tribunal.

—¡Canalla!—bramó Bradley.

Y a no ser porque el director y Sara seguían sujetándole, no se hubiera reducido la cosa a un ataque de palabra.

—Esa señora—añadió el detective — es una “profesional” de los hoteles. Anoche conquistó a Clayton Saville y pasó la noche en su habitación. Puedo demostrarlo.

El efecto que estas palabras produjeron en las tres personas que escuchaban al detective fué indescrip-
tible.

Sara quedó petrificada y blanca como el mármol.

Bradley, horrorizado, miraba a Sara.

El director trató de salvar la situación alejando al detective.

—¡Fuera, fuera de aquí en seguida!

Pero antes de que hubiera podido obedecer, Bradley se abalanzó sobre él y lo derribó de un tremendo golpe en la barbilla.

Después se dirigió a su habitación seguido de Sara.

Entre los recién casados se había interpuesto un terrible interro-
gante.

IX

Por unos momentos reinó en la habitación un silencio embarazoso, denso y pesado.

De pronto, preguntó Bradley:
—¿Es cierto lo que ha dicho ese hombre?

La miraba amenazadoramente.
La inquietud de Sara era indudable.

—¡Dí! ¡Habla! ¿Por qué callas? ¿Por qué bajas la cabeza? ¿No comprendes que te estás delatando?

La había cogido de un brazo y Sara sentía que los dedos de su esposo se enclavaban en su carne como zarpas.

—¡No me atormentes! ¡Te juro que soy digna de ti y eso debe bastarte!

Pero Bradley estaba ya enloquecido.

No era posible pedir serenidad a su alma sumida en un mar de tormentos y confusiones.

—¡No me basta con eso! Necesito explicaciones concretas. Necesito saber si en realidad pasaste la noche en la habitación de ese hombre.

Y como Sara no se atreviese a negar, Bradley exclamó desesperado:
—¡Ya veo que es cierto! ¡Ya veo que ese hombre dice verdad! ¡Ya

veo que tiene razón al juzgarte como te ha juzgado!

Sara se irguió.

—¡Eso no! ¡El concepto que ese hombre tiene formado de mí es completamente falso! ¡He dicho que soy digna de ti y lo sostengo!

—¡No sé cómo entiendes la dignidad! Seguramente tenemos sobre ella ideas muy distintas. Quiero explicaciones concretas. Contesta a esta pregunta: ¿es cierto que pasaste la noche en la habitación de Clayton?

—Es cierto que fui a visitarle, pero nada más.

—Tanto monta. ¡Estuviste en su habitación! ¿Qué importa que te fueras o te quedaras?

—Realmente, eso no importa. Lo que importa es la clase de relaciones que me unían a él.

—Sí. ¿Qué relaciones eran esas?

—Simplemente amistosas. Las que pueden unir a una artista con un admirador.

—Eso no es decir nada. Una artista y un admirador pueden estar unidos por las relaciones más vi- les.

—Me pretendía, es cierto. Anoche fui a decirle que me casaba con-

tigo porque tú lo eras todo para mí en el mundo.

—¿Y qué te obligó a explicarle tus actos? No, no puedo creer en tu inocencia. Tienes una dignidad a tu modo. Eres una perfecta muchacha moderna. Vosotras tenéis de la de- ciencia un concepto muy singular. Adivino en tus labios la huella de sus besos. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo quieres que te tome cuando sé que anoche estuviste en brazos de otro?

Sara recordaba perfectamente el beso de despedida. En efecto, los brazos de Saville habían rodeado su cuerpo. Por consiguiente, Bradley tenía razón al decir que había estado en brazos de otro.

—Una mujer sola en esta gran ciudad — balbució — necesita al- guien que la ayude y la consuele. Eso ha sido Clayton para mí.

—Teoría de pecadora. Yo no la acepto.

—Necesitaba un hombre que se casara conmigo, que me sostuviera. Recordando la proposición que me hiciste cuando partí de Texas, te he llamado.

—Me has llamado cuando te has visto desdeñada por Saville. Te has casado conmigo buscando refugio.

Bradley hablaba con feroz sar- casmo.

Sara había adoptado una actitud pasiva, como de arrepentimiento, pero de pronto, al oír las últimas palabras de su marido, se irguió con un arranque de altivez:

—Me he casado contigo—excla- mó—creyendo que me amabas. Por eso fui a decir adiós a Saville. Pero tú no me crees, tú no eres mi ena- morado. Tú eres un vulgar Procu- rador de Distrito que sólo busca culpables. ¡Pues bien, me defende- ré yo misma!

Se dirigió al teléfono y preguntó si Saville estaba en sus habitacio- nes. Le contestaron afirmativamente.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó Bradley alarmado.

—Recurrir a otro hombre para que responda de mi honradez. Cuan- do una mujer se siente sola necesi- ta ayuda.

—Pero...

—Son tus procedimientos de pro- curador. Procederemos a un careo. Hablaremos los tres frente a frente.

—No quiero ver a ese hombre.

—Pero yo sí. Mi honra lo exige. Mi honor de mujer tiene derecho a esa prueba. Si hay en ti algo de caballerosidad sígueme.

Sara salió de la habitación.

Bradley estuvo vacilando un mo- mento, pero al fin marchó tras ella.

X

Al ver entrar a Sara, Clayton corrió hacia ella alegremente.

¿Querría aquello decir que su amada aceptaba sus proposiciones?

De tal modo le cegó el júbilo que no se dió cuenta de que Sara no iba sola.

La cogió por los hombros cariñosamente.

—¿Qué significa esto, Sara? ¿Puedo cantar victoria?

Pero la voz de Bradley dijo enérgicamente a sus espaldas:

—Haga el favor de dejar a mi esposa.

Clayton se volvió sorprendido.

Al ver el rostro del que se llamaba esposo de Sara creyó adivinar algo de lo que sucedía.

De nuevo contempló a la recién casada y ahora, avisado, pudo notar lo que antes no había advertido.

Estaba intensamente pálida.

Se deducía que la dominaba una profunda emoción, acaso una gran angustia.

—¿Qué te sucede? Estás temblando.

Ella trató de contestar, pero le fué imposible. Las palabras choca-

ban con el obstáculo que la amargura ponía en su garganta.

Bradley habló por ella.

—Mi esposa ha sido arrojada del hotel porque el detective la acusa de haber pasado la noche en esta habitación.

—Eso es una infamia. El detective dará una explicación.

—Es a usted a quien se la pedimos.

—Pues bien; sepa usted, caballero, que su esposa no ha sido para mí más que una amiga, una amiga a quien he sabido respetar como merece.

Hubiera añadido:

“Y como usted no ha sabido respetar, hiriéndola con su bajas dudas.”

Pero comprendió que no tenía derecho a atormentar más a aquella infortunada y se limitó a dirigir a Bradley una mirada de desprecio.

—¡Por Dios, Clayton!—imploró Sara—. Es este un momento decisivo de mi vida. Di toda la verdad.

—¿Para qué? Si no te ha creído a ti, ¿cómo podría creerme a mí?

—Dudo, sí—exclamó Bradley—, porque cada vez me dan ustedes más motivos para dudar. Exijo un

juramento sobre la Biblia de que usted ha respetado a mi mujer.

Pero Clayton encendió con indiferencia un cigarrillo.

Al encontrar la mirada ávida e interrogante de Bradley, contestó:

—Lo siento, pero no tengo aquí ninguna Biblia.

—Puede ir a buscarla si usted quiere.

—Sería inútil.

—Eso es bastante para que mis dudas queden confirmadas.

Sara imploró desesperadamente:

—¡Por Dios, Clayton! Júrale cuanto pida.

—Todo esto me parece extraordinariamente ridículo.

—Sin embargo, va en ello mi felicidad. ¿No comprendes que un juramento tuyo puede salvarme?

—Salvarte no: entregarte a los brazos de un hombre que ni siquiera tiene fe en ti. Además, no puedo ayudar al que me quita a lo que más quiero en el mundo.

—Por fin he oído una verdad en labios de ustedes—exclamó Bradley temblando de ira—. Esa es la amistad que le unía a mi esposa. Una simple amiga no es nunca “lo que más se quiere en el mundo”.

Eso me basta para comprender que era usted el amante de mi esposa.

Sara se abalanzó sobre él y le arrojó los brazos al cuello.

Arrasados los ojos en lágrimas, imploró:

—¡Créeme, esposo mío! ¡Soy digna de ti! ¡Es una locura lo que supones!

Pero el veneno de los celos había corrompido ya su alma hasta el extremo de empañar su corazón y cerrar su conciencia a los dolores ajenos.

Y desprendiéndose de aquellos

brazos que decía amar, se fué para siempre del lado de su esposo.

Hubo un momento de silencio.

Por fin Sara reaccionó, irguió su abatida cabeza y sus ojos, ya secos, se fijaron acusadoramente en Clayton.

—Has destruído mi vida. ¡Gracias!

Y, pronunciadas estas palabras en tono firme, salió de la habitación, seguida por la mirada amante y triste, pero no arrepentida, de Clayton.

XI

El divorcio se había tramitado rápidamente.

Sara había vuelto al arte escénico, pero con la variante de que ahora, por una de esas compensaciones que frecuentemente ofrece el destino, había llegado a ser un ídolo del público.

Un gran teatro en una gran capital. Raudales de luz, brillantes vestidos de soirée, gargantas de raso, brazos blancos como la nieve.

Las primeras filas de butacas están tomadas por el elemento masculino.

Hay hombres de todas las edades, pero son más los viejos. Hay gemelos de todos tamaños, pero son más los grandes.

Se está representando "El Pavo Real", la revista que ha batido el record de las representaciones, el éxito del año.

Un desfile de piernas tentadoras, de cuerpos casi desnudos que recuerdan aquella perfección maravillosa de las esculturas de Canova.

Los pobres viejos se ven en un verdadero conflicto. No saben adón-

de mirar. ¡Hay tantas! ¡Y son todas tan encantadoras!

De pronto, se oye una ovación entusiasta.

Es que en la escena ha aparecido la vedette, Sara Claire.

Lleva un traje de torero que es una fantasía y, al mismo tiempo, la mínima cantidad de traje.

Está deliciosa. Su encantadora figurilla posee una elasticidad prodigiosa.

El baile es una caricatura, la caricatura de un torero malo.

El público ríe y aplaude. En el arte de Sara hay una picardía extremada, pero ni un átomo de esa procacidad grosera que es el único atractivo de algunas artistas.

Cuando termina, es tal la ovación que se le tributa, que cuatro o cinco veces ha de salir a saludar.

Después baila un tango con su bailarín.

Nuevos aplausos, nuevas salidas y se retira a su camerino para dejarse caer en la banqueta que hay ante el tocador con un gesto de cansancio y de hastío.

Decididamente no es esa la vida que necesita el temperamento de Sara. Ahora tiene todo lo que una

artista puede desear—gloria, dinero, el cariño del público—y, sin embargo, no es feliz.

De pronto, oye un ruido a sus espaldas.

Se vuelve y su sorpresa no tiene límites al ver salir a Clayton de detrás de un parabán.

—¿Tú aquí?

—Ya lo ves—respondió él con su parsimonia habitual.

—¿A qué has venido?

—Soy como una moneda falsa. Por mucho que quieras deshacerte de ella te la devolverán siempre.

Al mismo tiempo, se va acercando a Sara poco a poco.

Al llegar junto a ella se detiene y añade, sin apartar sus ojos de los de su amada:

—Sara, quiero decirte que si aquella noche no quise jurar sobre la Biblia, fué porque te amaba demasiado y porque comprendí que mi amor estaba por encima de todas mis convicciones. Un día, me dijiste tú que cuando se ama de verdad, todo se puede sacrificar al amor. Es cierto. Tan convencido estoy que esta noche he venido a verte.

—¿Para qué?

—Para decirte que estoy dispues-

to a que en la puerta de esa casita que por un lado tiene un bello jardín y por el otro da al río, figure una placa que diga "Señor y señora de Saville".

Sara quedó tan estupefacta que no supo qué contestar. Por fin balbuceó:

—Pero ¿de veras estás dispuesto a casarte?

—Tan dispuesto, que nos vamos a casar ahora mismo. ¿Qué dices a eso?

—He aquí mi respuesta.

Y Sara rodeó con sus brazos el cuello de Saville.

Fué el primer beso de aquella noche. Después, una vez casados, los habrían podido contar por millares.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano. La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara. El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben Alí. Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—La Actriz.—Míster Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo. La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen! Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos
La incorregible.—El malo

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

En preparación:

WU LI CHANG

por Ernesto Vilches, Angelita Benitez,
José Crespo, etc.

MONTECARLO

por Jeannette Mac Donald

BAJO LOS TECHOS DE PARIS

de RENÉ LE CLAIR
por Albert Préjean

LILIOM

por Charles Farrell

¡Siempre lo mejor!

Números publicados de gran éxito:

EL PRECIO DE UN BESO

por José Mojica y Mona Maris
(6 ediciones)

DEL MISMO BARRO

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

LADRÓN DE AMOR

por José Mojica y Mona Maris
(4 ediciones)

EL VALIENTE

por Juan Torena
(2 ediciones)

EL PRESIDIO

por José Crespo
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

ROMANCE

por Greta Garbo y Lewis Stone

EL GRAN CHARCO

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

TEMPESTAD

por John Barrymore y Camila Horn

EL DIOS DEL MAR

por Ramón Pereda y Rosita Moreno

ANNE CHRISTIE

por Greta Garbo

SEVILLA DE MIS AMORES

por Conchita Montenegro y Ramón Novarro
(3 ediciones)

HORIZONTES NUEVOS

por Carmen Guerrero y Jorge Lewis

BEN-HUR

por Ramón Novarro y May Mac Avoy

LA INCORREGIBLE

por Enriqueta Serrano y Tony D'Algy

EL MALO

por Dolores del Río y Edmund Lowe

Éxito indiscutible de las **Biografías** y colección de 6 postales de

José Mojica
Maurice Chevalier
Greta Garbo
Ramón Novarro
Charlie Chaplin
CHARLOT

y

JEANNETTE MAC DONALD

Numerosas fotografías · Curiosas
anécdotas

Postal-regalo. Lujosa portada

Precio: 50 céntimos

y la **colección de 6 postales** de

JUAN TORENA

Véalas y no dejará de adquirirlas.

Precio: 30 céntimos



¡ATENCIÓN!

Con motivo de la **Fiesta del Libro**, se hallarán en venta en toda España, las

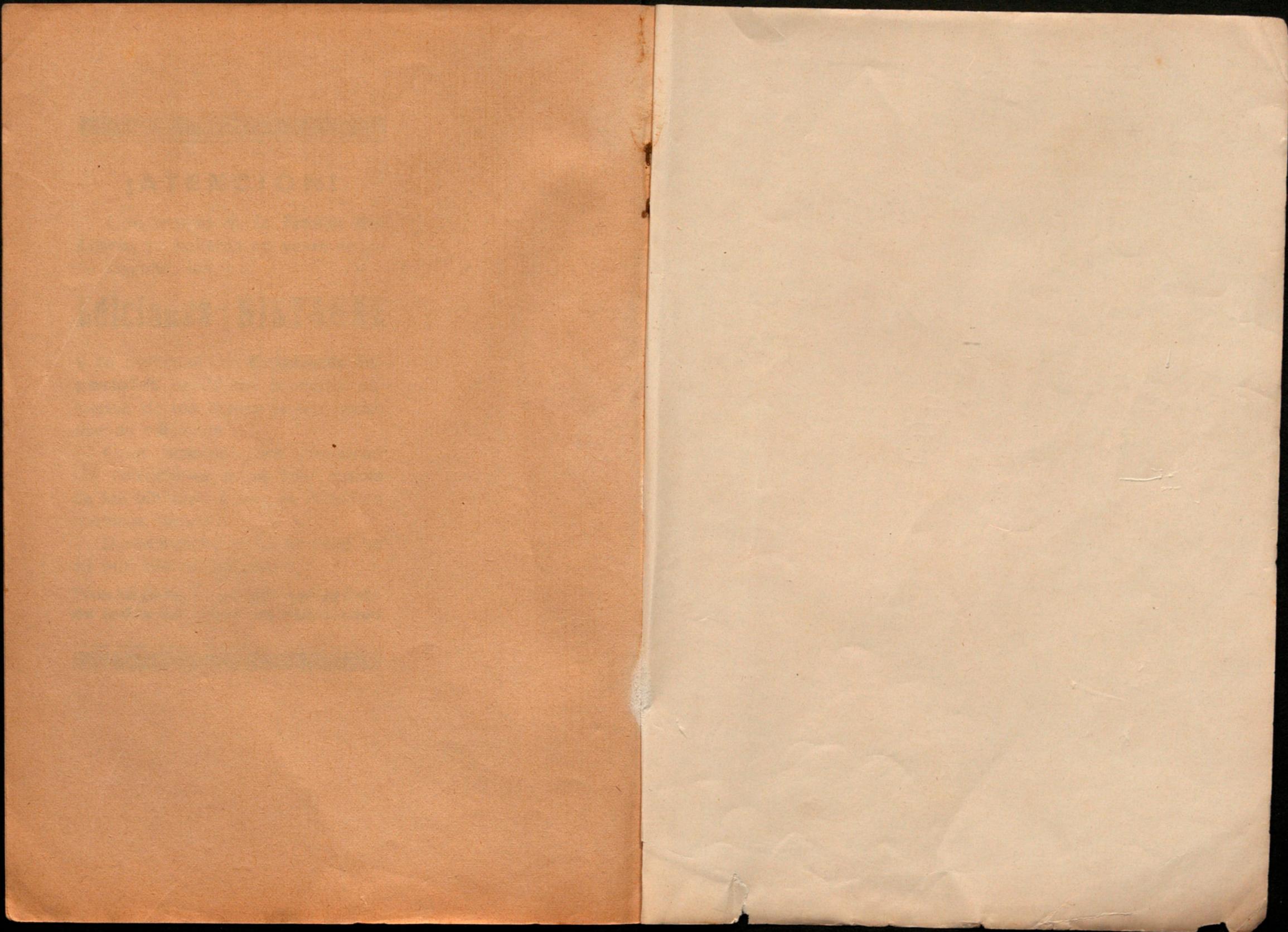
Ediciones BISTAGNE

y en particular las **Ediciones Especiales** desde sus primeros números, de los cuales se han hecho nuevas ediciones.

Gran ocasión para completar las colecciones de la más amena de las bibliotecas que se editan en nuestros tiempos.

Durante dicha fiesta se hará un 10 por 100 de descuento.

Pida tarjetas de pedido con la lista de todos los números publicados



EB



Precio: Una peseta